MÍSTICA Y RAZÓN EN LO COTIDIANO

"Danos hoy nuestro pan de cada día"

José María Alvarez

En la búsqueda de una reflexión sobre nuestros estudios de Mística y Razón en lo cotidiano, me detengo en la oración del Señor, el Padrenuestro, que en su cuarta petición del pan, la más humana de todas, nos conduce a un encuentro con lo cotidiano, que creo muy aplicable a nuestra reflexión semanal de Mística y Razón que realizamos ya por tantos años.

Pedimos en dicha cotidianeidad algo para cada uno de nosotros a título personal, pero también pedimos de forma colectiva nuestro pan, este pan que es nuestro, que es comunitario, que es de todos.

Pedimos para el día de hoy, para nuestras necesidades presentes, como acto de confianza en la Providencia de Dios, que nos dice que no nos preocupemos tanto de cómo vamos a vivir, que cada día tiene su propio afán y que Dios está siempre presente con nosotros, atento a nuestras necesidades.

También pedimos para la eternidad, al reconocer el sentido escatológico de la palabra "epioúsios", traducida como "supersubstancialis" en la Vulgata de san Jerónimo, y que el Padrenuestro recoge como "de cada día".
El pan que realmente nos da la vida es Jesucristo, verdadero alimento y pan de vida eterna. El que come de este pan no morirá, como murieron quienes comieron maná en el desierto, sino que vivirá eternamente.

En la reflexión de mística y razón aprecio también presentes, estos elementos de lo cotidiano, que nos regala la oración del Señor.

Reflexionamos en forma individual, para el crecimiento de cada uno de nosotros, pero también lo hacemos en forma colectiva y comunitaria, con quien dirige la reflexión y con los demás compañeros. La reflexión que nace personal, que se nutre de aquello que más nos ha llamado la atención de los textos, prontamente se convierte en "nuestra" reflexión, que sin perder su génesis personal, pasa a ser una reflexión colectiva, que ahora es pan de todos.

Esta reflexión muchas veces ilumina nuestro caminar diario, lo que nos está sucediendo "hoy", en los ejemplos abundan situaciones espirituales y pastorales de nuestro especial día a día, de nuestra realidad cotidiana, allá

donde cada uno realiza su propio ministerio de servicio al Señor. Comprobamos que los grandes místicos han forjado su camino hacia el Señor, dando un pasito cada día, incluso muchas veces retrocediendo y volviendo a avanzar, siguiendo la luz, pero también muchas veces lidiando con las tinieblas, nos percatamos que no es un proceso de iluminación mágico o extraordinario, sino un caminar paulatino y tenaz, mucha veces de gran dificultad, en que poco a poco la presencia y el contacto con el Señor, se van haciendo cada vez más patentes, mostrando que siempre tras las tinieblas, aparece la luz nítida de Dios.
Tampoco es un caminar en el aire, si bien muchas veces es elevado, muy por el contrario, lo podemos percibir fuertemente atado a la revelación salvífica histórica de Dios consignada en la Sagrada Escritura y a su explicitación en el magisterio permanente de la Iglesia.

Finalmente también, poco a poco, y especialmente a medida que le vamos perdiendo un poco el miedo a tan grandes autores y a tan extraordinarios textos, vamos descubriendo en ellos su profundo sentido de eternidad, un caminar que siempre termina conduciendo a lo eterno a lo perfecto, a Dios mismo. Es este descubrimiento lo que creo que nos hace volver semana a semana por tantos años, la certeza de que al igual que para estos grandes cristianos, esta reflexión nos ayudará a encontrar el sentido más último y profundo de nuestra existencia, caminar siempre en forma confiada y alegre hacia Dios.

Mística y razón caminan indefectiblemente unidas, pues nuestra fe es así, nos permite elevarnos permanentemente en la búsqueda de Dios, pero a la vez, manteniendo la perfecta razonabilidad de nuestro acto de creer.